

CAPÍTULO SEXTO

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Se afirmaba en la introducción a este estudio que Oriente Medio es un paradigma de sistema internacional anárquico y que nuevos y viejos desequilibrios tan sólo añaden elementos de tensión a unas sociedades asediadas por imperativos políticos, económicos y, sobre todo, culturales que les son extraños. Desde ese prisma, Líbano puede ser considerado como una encarnación de «estado perverso». Pero, además, es el epicentro de todas las rivalidades y luchas por la hegemonía que han tenido lugar en la región en los últimos quince años, especialmente en lo referente a Siria e Israel.

Sin embargo, la paradoja del paradigma realista, llevada a sus últimas consecuencias, es su trágica imposibilidad de mejorar la realidad, debido a una visión esencialmente pesimista de la naturaleza humana y del sistema internacional. Los mecanismos de conducción y resolución de conflictos que se sirven de la disuasión genéticamente conllevan, por tanto, un elemento perturbador que reduce su capacidad como instrumentos utilizables en una positiva solución de los conflictos.

No obstante, la disuasión, como instrumento de conducción de conflictos, puede ser útil en algunos contextos. Que ello es así ha quedado expuesto claramente en los dos casos estudiados. Las «líneas rojas» en los Altos del Golán y en Líbano han sido efectivas en la elusión tanto de inicio de confrontación armada como para limitarla en caso de estallido de hostilidades.

Habiendo afirmado lo anterior, queda como materia de debate si la disuasión sirve a los propósitos de resolución de conflictos, entendiéndola como una fórmula resolutoria mutuamente aceptada por las partes implicadas en el conflicto.

El Acuerdo de Separación de Fuerzas de 1974 entre Israel y Siria consistió en la congelación de la fuente del conflicto, pero no en su eliminación. Con referencia a las cuatro fases de resolución de conflictos de Zartman, la separación de fuerzas corresponde a la fase c) —*un status quo* pero irresolutorio—. Como tal, su viabilidad como forma de conducción de conflictos depende de la percepción continuada por ambas partes del estancamiento como situación tolerable. Sin embargo, no hay garantía de que en algún momento futuro las partes no se retiren hacia a fase b), donde cada una utiliza la fuerza para imponer una solución unilateral y crear un nuevo régimen. Y no hay razón para esperar que el actual *status quo* evolucione, sin sacudidas, hacia la resolución del conflicto. Al final, los instrumentos de conducción de conflictos, así como los de resolución de conflictos, tan sólo pueden reflejar la realidad política, pero no crearla.

El concepto de resolución de conflictos es aún más extraño a la relación de disuasión de Siria e Israel en Líbano. En lo que respecta a la guerra civil libanesa, Israel no era parte necesaria en la resolución de ese conflicto. Con la excepción de los años de 1982 a 1983, cuando Israel intentó transformarse en uno de los jugadores centrales en Líbano, la interacción sirio-israelí en Líbano fue y es periférica a las causas aparentes de su enemistad —las disputas territoriales acerca de Cisjordania, Gaza y el Golán—. Sin embargo, la prolongada competición entre estos dos Estados por el control del equilibrio de poder regional se vio capturada por sus propios roles en Líbano. Por tanto, mientras que una resolución de guerra civil libanesa no constituiría una resolución de la «guerra fría» sirio-israelí, sí alteraría de forma definitiva el equilibrio de poder en la región y, consecuentemente, el alineamiento de intereses y fuerzas vis a vis de las más centrales disputas territoriales.

Si aceptamos que «la resolución de conflictos requiere un resultado que tenga algo para todos (...) [que] no puede esperarse que las partes olviden sus reclamaciones sin recibir algo de compensación» (79), una de las primeras conclusiones de este trabajo es que la perspectiva de conducción de conflictos utilizada para analizar el conflicto entre Siria e Israel no prepara

(79) W. I. ZARTMAN; *Opus citat.*, p. 242.

el camino hacia una resolución del mismo. Desde mi punto de vista, la disuasión en el marco de conducción de conflictos ha servido más como instrumento de limitación de daños y para evitar el estallido de una guerra a toda escala entre Siria e Israel.

Según Bloomfield & Leiss, para que una efectiva política controle las crisis es necesario saber cómo moverse a través de los umbrales que nos acercan o alejan de la guerra (80). En el caso del conflicto sirio-israelí, el tema del control se ha centrado en las fases de pre y pos hostilidades. En la fase posterior a las hostilidades, el logro de acuerdos de alto el fuego y de separación de fuerzas han contribuido a evitar el estallido de crisis y a controlar las mismas a corto y medio plazo. En la fase anterior a las hostilidades, han sido esencialmente las «líneas rojas» de disuasión las que han jugado el papel clave.

Sin embargo, lo que el mecanismo de conducción de conflictos ha sido incapaz de superar es el umbral hacia la resolución del conflicto. Es más, aunque la disuasión impide, la guerra deja espacio para que los actores jueguen al juego del poder en diferentes arenas, donde pueden saldar sus diferencias por medios militares pero sin arriesgarse a una confrontación abierta.

El éxito parcial de una relación de disuasión entre Siria e Israel ha tenido efectos positivos que recuerdan la conducta de las superpotencias. De lo anterior se sigue que un tipo de «guerra fría» restringida pudiera ser la característica más sobresaliente a largo plazo en las relaciones conflictuales entre potencias medianas como Israel y Siria. Sin embargo, los aspectos negativos de la disuasión señalan que, como sucede con la confrontación entre las superpotencias, el conflicto puede ser trasladado a otras áreas donde el estallido de hostilidades militares no conduzca a una guerra general, sino a un conflicto localizado. En el caso de Siria e Israel, la competición regional se trasladó a Líbano, donde uno de los aspectos de la rivalidad —la lucha por la hegemonía en la región— podía ser trabajada dentro de límites aceptables para ambas partes, y donde, en caso de transgresión de las reglas del juego, la relación militar entre ambos países y los intereses y compromisos de los grandes poderes podrían limitar el alcance de la lucha.

(80) Ver BLOOMFIELD y LEISS; *Controlling Small Wars: A strategy for the 70's*, Knopf, Nueva York, 1969.

No obstante, el traslado del conflicto sirio-israelí a un tercer Estado —Líbano— abrió paso a un fenómeno particular. Inicialmente, ambos países se vieron implicados en diferentes momentos en los asuntos libaneses como manipuladores que intervenían en una guerra civil que ponía en peligro un precario equilibrio regional.

Pero un mediador que asume el *rol* de manipulador —que implica el riesgo de involucrarse militarmente para ejercer influencia—, tiende a verse metido de lleno en el conflicto. Como el caso estudiado muestra, un poder externo que intentará rediseñar y la política libanesa tendía, mediante la presión de sus amigos y de los enemigos de éstos, a convertirse en un mero actor entre actores. En palabras de Rasler, «la parte que interviene se transforma de forma efectiva en otro contendiente entre otros muchos por el control político último, y, por tanto, una pronta solución del conflicto se ve retrasada» (81).

A pesar de que Israel realizó varios movimientos peligrosamente escalatorios dentro del año 1982, ni las partes se lanzaron a una guerra total ni se alcanzó un punto de estancamiento doloroso —en los extremos, cualquier alternativa de estas dos conduciría a una situación insoportable y podría catalizar hacia la apertura de un proceso de resolución del conflicto—. Sin embargo, lo que ningún lado prefirió fue el acomodo a la escalada, y el resultado fue una periódica confrontación, pese a una predisposición original hacia la contención. Como en el dilema del prisionero, ambas partes se encontraban en una situación en la que ninguno podía predecir lo que haría el otro y, por tanto, se escogió una opción que minimizara las pérdidas. La incertidumbre previno a ambas partes de mejorar su suerte mediante la cooperación, pero también aseguró que nadie se quedara con la peor. Todo lo anterior conduce a la perpetuación de una situación conflictual en la que la creación de un momento de maduración hacia la resolución del conflicto es poco probable.

Los mecanismos de disuasión específica entre Siria e Israel han permitido crear un *status quo* relativamente estable que retrasa y limita el uso de la violencia, pero no la elimina. La disuasión, en cierta medida, funciona. El problema, sin embargo, es que las acciones de los aliados y no aliados de ambos actores, inmersos en su propia dinámica, han amenazado y amenazan con desarticular los delicados entramados que se identifican

(81) K. RASLER; *Internacionalized Civil War: a dynamic analysis of the Syrian intervention in Lebanon*. *The Journal of Conflict Resolution*. Vol. 27, núm. 3, septiembre, 1983, p. 453.

como «líneas rojas». Ello bien pudiera tener consecuencias a nivel regional, e incluso internacional, en el caso de una crisis escalatoria que pusiera en peligro el equilibrio en los Altos del Golán. El riesgo de la disuasión, en ausencia del diálogo político, es que fuerza a la convivencia en los estrechos márgenes que supone la señalización militar. Estos Estados inseguros, Siria e Israel, se ven condenados así a traspasar periódicamente el umbral hacia el conflicto para asegurar, quién sabe hasta cuando, que ese mismo conflicto no llegue a ser total.